

**MANECILLAS
IMPARABLES**

Todos me miran. A cada hora, minuto y segundo. Algunos con apuro, otros con alivio. Algunos con ganas de asesinarme y otros con deseos de agasajarme. Me siento poderoso e invencible. Desde mi situación privilegiada puedo controlar a mi antojo a todos vosotros como si de marionetas se tratasen. ¿Qué quién soy? ¿Dios? ¿Satanás? ¿La Muerte? No, no y no. Tan solo soy un reloj olvidado en la parte superior de una mugrosa pared, siervo del mayor tirano de la historia: el tiempo.

Tal vez os esperabais como narrador a un apuesto galán de ojos azules o a una esbelta, fuerte y valiente mujer. No soy nada de eso, pero espero poder dar la suficiente credibilidad y jugosidad a la historia que os voy a relatar. Para ello, debo remontarme muchos años atrás. A esos días en los que mis manecillas no tenían artrosis y no sentían un punzante dolor cada vez que se movían.

El día que me colgaron por primera vez en aquella pared de la casa de un sastre llamado Francisco Ocaña estaba completamente energético y resplandeciente. Ambos nos lo pasábamos muy bien. Teníamos nuestras riñas pues me gustaba llevarlo al límite y enfurecerlo cuando no conseguía llegar a tiempo con algún pedido importante. Sin embargo, nuestras peleas no llegaban nunca a las manos pues él siempre sabía que yo tenía el poder de su vida. Hasta que llegó ella.

Era una calurosa tarde de verano cuando mi amo decidió ir a un baile que tenía lugar ese día en la ciudad. Me quedé dormido cuando a las doce de la noche sus risas se colaron a través de la ventana. Allí estaban los dos en la calle con amplias sonrisas vistiendo sus rostros. Enseguida se despidieron con un beso en la mejilla, pero yo ya sabía que ese sería el primero de muchos más encuentros. A partir de ese día aquella mujer de nombre Dolores Villanueva empezó a visitarle muy seguido con la excusa de hacerle algún encargo. Al principio le pedía remiendos para alguno de sus viejos vestidos, después le llevaba la ropa de sus hermanos para algún tipo de arreglo... Pero yo no me lo tragaba

pues sus manos tenían claros vestigios de haber cosido hasta la saciedad. Pronto ella misma se debió dar cuenta de la insostenibilidad de sus pretextos y empezó a visitarle sin ningún tipo de motivo aparente.

Sin darme cuenta mis manecillas se habían ido moviendo a una velocidad asombrosa y catorce meses después un ramo de flores reposaba en la cómoda de la habitación, el vestido de novia descansaba plácidamente sobre el suelo y yo agachaba la cabeza para darles intimidad durante su noche de boda. A partir de ese momento todo cambió.

La modesta morada de Francisco se convirtió en un bullicioso taller y la planta baja en una prestigiosa tienda de ropa. Todos trabajaban a destajo, mientras que tres inquietos niños correteaban de un lado para otro agarrados siempre a las faldas de su madre. Dolores se pasaba horas y horas frente a aquella máquina de coser mientras su marido se encargaba de gestionar los pedidos y atender a los clientes.

Empecé a cogerle mucho cariño. Me lo pasaba muy bien con ella pues sus constantes duelos me mantenían despierto. Cuando me dedicaba aquella mirada desafiante y su mano aumentaba progresivamente la velocidad con la que iba introduciendo la tela en la máquina de coser. Su inocencia me enternecía. Qué ilusa si pensaba que algún día podría ganarme. Y ahí estuvo mi primer error: la superioridad. No tardé en notar que nuestros constantes desafíos y su carrera de fondo me iban desgastando. Desde que entré en esa casa había aprendido a que cuando Francisco dejaba de trabajar nos íbamos ambos a descansar. Pero, ella era insaciable. Tan pronto daba la última puntada se dirigía rápidamente a la cocina para dejar preparada la comida del día siguiente. Entre puñados de sal y chorros de aceite iba cargando con el niño en brazos mientras le daba el pecho. Además, le daba tiempo, a poner un poco de paz en las disputas infantiles de sus otros dos hijos. Todo ello mientras que su marido se quedaba en la planta baja llevando la

contabilidad del día. A veces me preguntaba si mi mecanismo se había estropeado o verdaderamente ambos contaban con la misma cantidad de minutos para hacer las cosas.

Finalmente, cuando ambos se metían en la cama Francisco enseguida se dormía al segundo, pero a ella aún le sobraban un par de minutos para reflexionar sobre algún nuevo boceto en el que había estado trabajando o para preocuparse por la tos perruna que acechaba a su hijo pequeño. Pero, no penséis que por todo ello se levantaba al día siguiente unos minutos más tarde que su marido. Todo lo contrario. Antes de que mi brazo más pequeño se situará sobre el número siete ella ya había saltado de la cama y una taza humeante de café descansaba sobre sus desgastadas manos. Ya había preparado el desayuno y colocado el periódico en el lugar en que tomaba asiento su amado.

A diferencia de Francisco, su mujer no había recibido ningún tipo de educación pues el cuidado de sus hermanos le había impedido acudir a la escuela tantas veces como a ella le habría gustado. Sin embargo, esto no le hizo desfallecer y fue autodidacta en el aprendizaje de todo tipo de cuentas matemáticas necesarias para llevar a cabo sus diseños.

Todo parecía marcharles de maravilla. Los números que marcaban los beneficios del negocio iban saltando de las decenas a las centenas en un abrir y cerrar de ojos. Sin embargo, un fatal accidente hizo que se estancarían durante un tiempo.

Era noche cerrada cuando sus manos le empezaron a fallar y sus párpados luchaban por no caer rendidos. Fue en un descuido, fruto del cansancio, cuando su mano acabó bajo los dientes de aquel artefacto tiñendo toda la tela de un tono rojizo. Este infortunio le llevó a estar unos días alejada de la labor de tricotar. Sin embargo, una mano le era suficiente para aderezar sus guisos y acunar a sus hijos. Es más, las horas dedicadas a la labor doméstica aumentaron exponencialmente pues siempre encontraba algo para hacer. Mientras tanto, su marido tuvo que rechazar algunos de los pedidos de sus clientes pues

no podía hacer frente él solo a todos. Por tanto, por miedo a perder más clientes, a las pocas semanas del accidente y con la mano mal curada se sentó de nuevo frente a su contrincante que en el último combate la había noqueado: la máquina de coser. Esperaba que tuviera más suerte con ella que conmigo pues a mi aún no había conseguido ganarme.

Desde siempre me han apasionado mucho las funciones exponenciales. Y no soy el único. A los seres humanos, sin importar edad o sexo, siempre les ha encantado ver cómo todo se transforma a una velocidad vertiginosa. Por ello es que los niños siempre corren entusiasmados cuando ven a un mago callejero que saca de tu prominente oreja una reluciente moneda de oro. Todos nos quedamos petrificados frente al televisor cada 22 de diciembre esperando que el décimo que sujetamos con nuestras temblorosas manos se convierta en segundos en incontables billetes de quinientos euros. Por ello, Dolores era el máximo exponente de cualquier función que pudiera haber encontrado a lo largo de mi vida. Ella era capaz de convertir 24 horas en un viaje de 80 días. ¿Se trataría únicamente de un asunto de brujería? No, simplemente era voluntad, coraje, esfuerzo, persistencia, constancia y superación. Meros sustantivos que me ayudaron a comprender mi estrepitosa derrota en nuestra carrera contrarreloj. Porque sí, llegó el momento en el que me ganó y fue el día que consiguió hacer algo que jamás había visto ni había creído que sería posible. Hacer dos cosas a la vez.

No obstante, no es bueno hacer enfurecer a alguien tan poderoso como el tiempo, quien, a su vez, tiene una extraña alianza con la Muerte. Y veinte años después quiso vengarse de Dolores, cuyo rostro ya estaba cubierto de irregulares arrugas. Juro que quise negarme a que mis manecillas siguieran avanzando hacia el eminente final de aquella mujer, pero no pude hacer nada para impedirlo. Al fin y al cabo, yo solo era un esbirro, un reloj más que se encargaba de cumplir a pies juntillas lo que el tiempo le dictaba.

Ese día mi brazo más largo hizo verdaderos esfuerzos por no llegar a colocarse sobre mi brazo pequeño a la altura del número doce. Pero como todo en esta vida, finalmente el momento no se pudo retener más y llegó. Exactamente a las doce en punto la mano de Dolores cayó inerte sobre el nuevo vestido que le estaba tejiendo a su hija. Sus pulmones hicieron un último esfuerzo para adherirse a la vida dando una fuerte bocanada de aire, sin éxito. Y su corazón trató de seguir funcionando, pero finalmente el infarto se apoderó de todo su cuerpo.

Al día siguiente, la tienda de ropa de aquel matrimonio permaneció cerrada como bien indicaba el cartel pegado en la puerta del establecimiento en el que se podía leer: "Cerrado por defunción". Acudieron cientos de personas a velar su cuerpo. Fueron horas en las que el ambiente estuvo amenizado por una sinfonía de sollozos bien acompasados. Tras el funeral, todos volvieron a sus quehaceres. Todos menos aquella familia. Se convirtieron en una mesa sin una pata que no conseguía quedarse en pie ni aún poniendo kilos de contrapeso en el otro extremo. Francisco intentó hacerse con la situación, pero no podía hacer dos cosas a la vez. No. Desgraciadamente, esa es una habilidad que no todos los humanos pueden tener. Por tanto, no le quedó más remedio que vender la tienda y trasladarse a un lugar más modesto, sin mirar atrás y dejándome a mí abandonado en aquel lugar. No le tengo rencor por ello pues entiendo que su dolor le nublaba la razón. Siguió aceptando de vez en cuando algún pedido, pero se centró principalmente en cuidar a sus hijos, a quienes logró sacar adelante. Sin embargo, no pudo conseguir que su familia y su éxito empresarial se sostuvieran sin que uno acabara derrumbando al otro. Algo que su mujer había conseguido mantener durante años de trabajo.

Han pasado ya treinta años desde que vi a esa familia por última vez, cargando sus maletas con las cabezas gachas mientras cruzaban el umbral de la que había sido su casa. En todo este tiempo nadie me movió de mi estratégica posición, pero todo a mi alrededor cambió.

Esa casa fue vendida por mi amo a una pudiente familia que levantó en apenas unos años unos grandes almacenes, cuyo éxito y prestigio aún perduran.

Y aquí estoy, con una gruesa capa de polvo sobre mis manecillas marcándole al director de Recursos Humanos el momento exacto en el que debería hacer pasar al próximo candidato. He de decir que su trabajo me desagrada. Se pasa el día escuchando el pasado, presente e, incluso, el futuro profesional de cientos de extraños. Además, en muchas de las ocasiones esa función es en vano pues el puesto ya está adjudicado de antemano.

No obstante, hoy él tiene la absoluta responsabilidad de elegir al futuro director del departamento de Marketing. Por ello, lleva horas y horas escuchando a todos los candidatos pues quiere que su elección sea justa y adecuada. Cuando mis extremidades están cerca de marcar las doce y media una joven damisela aparece en escena. Viste unos simples mocasines y un traje de chaqueta pantalón de color negro. Me mira apresurada y se relaja al ver que llega un minuto antes a la cita consensuada. Algo que me parece inexplicable cuando sé que ha tenido que llevar a su hijo pequeño a la guardería, poner la lavadora con el uniforme que se ha manchado en el desayuno y bajar a comprar un kilo de patatas para la comida. Todo ello en solo una hora.

Toma asiento en la silla que se encuentra frente a mí y dedico unos minutos a observarla. Sus manos cargan con un gran callo en el dedo anular que demuestran las innumerables horas de estudio que le dedicó a la carrera. También me fijo en aquellas bolsas que descansan bajo sus ojos. Y sus ojos. Igualitos que a los de esa mujer que se pasaba horas y horas cosiendo en ese mismo lugar hace ya cincuenta años. Habría pensado que se trataba de una casualidad sin importancia, una broma del destino, sino hubiera sido porque su boca pronunció aquel apellido al presentarse. Era ella, sin duda. La hija de Dolores Villanueva y Francisco Ocaña.

El jefe de Recursos Humanos comienza a hacerle innumerables preguntas sobre su formación para cerciorarse de que todas las anotaciones de su curriculum vitae son correctas. Por lo que he podido ir escuchando a lo largo de la mañana su formación profesional coincide perfectamente con el perfil que buscan. No me molesto en ocultar mi sonrisa pues verdaderamente me alegro. Sin embargo, no me pasa desapercibido el hecho de que el dueño de aquel despacho no lo tiene tan claro como yo. Se le nota nervioso y no para de titubear, mientras la mira de reojo. No puedo evitar seguir la dirección de su mirada y me topo con lo que me imagino será la causa de que no la haya contratado de inmediato. Su vientre. Redondeado y abultado. Lleno de vida.

Tras minutos de escuetas preguntas hacia la candidata, el jefe se pone en pie y le da las gracias por acudir a la entrevista mientras que su boca pronuncia: “Señorita, no cabe duda de que cumple todos los requisitos para el puesto, pero en estos momentos, buscamos a alguien que se dedique en cuerpo y alma a este trabajo y en su estado no creo que pueda cumplir con dichas expectativas. No obstante, estaremos encantados de recibirla dentro de unos años”

Quiero gritarle que le hable de su madre, que no se dé por vencida y que trate de poner un signo de igual en esta ecuación cuyas mayores incógnitas son el sexo y el tiempo. Sin embargo, se levanta avergonzada y ofendida y se dirige hacia la puerta. Antes de agarrar el picaporte se toca el vientre y como si una descarga eléctrica le hubiera dado, se gira con decisión y vuelve a tomar asiento. Durante una hora le habla sobre artículos, sindicatos, ayudas, subvenciones... Cientos de términos que no llego a entender, pero parece que el señor barbudo que se sienta frente a ella comprende perfectamente porque su gesto tosco empieza a cambiar. Finalmente, cuando su discurso parece estar llegando a su fin le habla de ella. Si, de aquella mujer que sacó un taller adelante y una familia al mismo tiempo. Y por como expone todos sus argumentos doy fe de que ha heredado su

tesón y valentía. Noto cómo mi actual jefe recula durante unos minutos y saca de un sobre blanco el deseado contrato, entregándoselo con firmeza. Sus manos lo agarran temblorosas. En sus ojos veo dudas. Dudas provocadas por el miedo no solo a no estar a la altura del puesto sino a no estar a la altura de su madre.

En ese momento me mira. Sí. A mí. Y le doy todo el apoyo que necesita. Con mis manecillas marcando las dos menos diez le dedico una de las sonrisas más amplias que tengo. Va a ser un honor tenerla como contrincante en este ya milenario enfrentamiento. El público enloquece y al ring saltan los dos guerreros más fuertes de todos los siglos: el tiempo y la mujer.